

Los griegos y los otros:  
a propósito del río de la literatura  
de Rodríguez Adrados

Francisco RODRÍGUEZ ADRADOS, *El río de la literatura. De Sumer y Homero a Shakespeare y Cervantes*, Barcelona, Ariel, 2013. 616 pp. ISBN 978-84-3440-709-1.

“Tanto bárbaro invasor o establecido como aliado, tanto extranjero, tanto inmigrante, tantos soberbios y tramposos dentro” (Rodríguez Adrados, a propósito de la penetración bárbara en Roma a fines de la Antigüedad)

En la era de Internet y la “Wikipedia”, cuando el usuario cuenta con abundancia de datos a su libre disposición, son cada vez más imprescindibles las síntesis y panorámicas que intentan guiarle entre el torrente (más que río) de informaciones y detalles que inunda el mercado. Dentro del género de los manuales de literatura, al que pertenece el libro de Francisco Rodríguez Adrados (en adelante FRA) que da pie a la presente reflexión, debería importar cada vez menos el suministro de referencias —aspecto este todavía esencial en los grandes manuales de literatura clásica que se hicieron a finales del siglo XX— y más en cambio la aportación de ideas, reflexiones y, sobre todo, estructuras que permitan al lector abarcar y comprender procesos complejos. Esto es lo que le posibilitará luego entender lo particular como parte de un todo, lo que le permitirá insertar en un contexto una obra, una biografía, un autor. Pero este propósito, por más que necesario, se ha tornado cada vez más inalcanzable precisamente porque la propia abundancia de información disponible resulta difícil de valorar críticamente por parte del especialista. Por eso faltan en el siglo XXI nuevas historias generales de la literatura griega (solo hay “companions” sobre géneros y periodos concretos), y las últimas que se han publicado a finales del siglo XX o bien son sucintos manuales<sup>1</sup> o bien obras colectivas.

El libro de FRA, en la línea de sus últimas publicaciones, pretende ofrecer esa explicación global de la que tan necesitados estamos, abordando en este caso tanto la génesis del modelo griego en la época arcaica, tras el periodo micénico, como su conformación en época clásica y su expansión posterior a Roma, para luego llegar, a través de la Edad Media, hasta el humanismo y la época de Cervantes y Shakespeare, con la que se cierra el libro. Al principio mismo de la obra escribe el autor: “por supuesto, este no es un manual convencional que da fechas, autores y obras, tampoco pretende hacer un alarde bibliográfico: solo dar sentido a las relaciones y evolución de estas literaturas” (19). FRA se da a sí mismo gran libertad desde el principio para abordar, en lo que se define ya como un ensayo, los procesos de difusión de los modelos literarios griegos. Este propósito pa-

---

<sup>1</sup> M. HOSE, *Kleine griechische Literaturgeschichte*, Múnich, C.H. Beck, 1999 (reimpr. 2012).

rece loable por su pragmatismo, pues son los procesos los que hoy necesitamos entender: los datos los encontramos, en cambio, por todas partes. Veamos ahora con detalle si el libro responde a sus propias premisas.

INTRODUCCIÓN. En el capítulo primero (19-40), en efecto, FRA aborda los temas de literatura oral, literatura y fiesta y literatura como universal humano citando prácticamente solo sus propias publicaciones y mencionando, al hilo de sus reflexiones, los nombres de aquellos escritores u obras que representan sus ideas. También en el capítulo segundo (41-47), en el que justifica el plan de la obra, aborda sucintamente los distintos periodos. Pero a partir del siguiente capítulo, cuando ya entra en materia, observamos que FRA solo es en parte fiel a su propósito, pues su libro está cuajado de datos, pero presentados de manera muy concisa y seguidos inmediatamente de abundantes reflexiones personales. La falta de referencias bibliográficas precisas, incluso de ediciones de los textos y autores poco conocidos que cita en castellano, impide entonces comprobar sus afirmaciones, que se convierten en *petitiones principii*, ya que el lector carece de capacidad para juzgar muchas obras por lo que son y se ve confrontado directamente con juicios de valor sobre ellas. Este es un proceder metodológicamente peligroso, porque impide verificar errores factuales (y hay muchos en la obra, mencionaremos algunos *infra*), porque convierte la *auctoritas* del autor en única garante de sus afirmaciones y, sobre todo, porque con frecuencia las reflexiones de FRA van mucho más allá de obras o acontecimientos concretos y trenzan a partir de ellos, en cadena, visiones globales sobre la historia o la literatura. Un buen ejemplo de ello es la propia estructura de la obra, que ahora pasamos a comentar.

LITERATURAS ANTERIORES A LA GRIEGA Y EL CONCEPTO DE AUTORÍA. Los capítulos iniciales tratan de las distintas literaturas antes de la emergencia de la griega, concretamente de “la literatura egipcia” (capítulo tercero, apenas una docena de páginas [49-62]), “la literatura sumeria” (capítulo cuarto, ocho páginas [63-71]), “las literaturas semíticas antiguas” (capítulo quinto, quince páginas para las literaturas acadia, asiria, babilonia, ugarítica y hebrea [73-87]), “las literaturas anatólicas” (capítulo sexto, cuatro páginas, sobre hurritas e hititas [pp. 89-94]) y “la literatura indoeuropea” (capítulo séptimo, veinte páginas [95-114]).

Lo primero que llama la atención de este plan es la existencia de una “literatura indoeuropea” al mismo nivel que las otras cuando, como es bien sabido, no hubo textos indoeuropeos, solo literatura oral. FRA, siguiendo la estela de bastantes investigadores<sup>2</sup>, intenta reconstruir esta literatura oral (datable por lo menos en el tercer milenio antes

<sup>2</sup> Véase M.L. WEST, *Indo-European Poetry and Myth*, Oxford, Oxford University Press, 2007, y las reseñas que le hacen G. NAGY en <http://chs.harvard.edu/CHS/article/display/3226> o N.J. ALLEN en *Bryn Mawr Classical Review* 2007.10.53. Este último se lamenta de que West no concilie este estudio con su clásica obra *The East Face of Helicon: West Asiatic Elements in Greek Poetry and Myth*, Oxford, Oxford University Press, 1997, que representa el natural complemento. FRA, que no aborda la obra más reciente de West, sí critica en cambio el estudio de 1997 en páginas 139-148 en parte por el uso de una metodología similar.

de Cristo) en el ámbito de la épica, la lírica y la literatura sapiencial. Pero, especialmente en la épica, va algo más allá y hace desfilar en escasas páginas obras como el *Mahabharata* o el *Ramayana* (siglo III a.C.) junto al *Cantar de los Nibelungos* (siglo XII d.C.), el *Beowulf* (siglos VIII-XI d.C.) o el *Poema del Mío Cid*<sup>3</sup>, dando así la impresión de que todas ellas conforman una misma tradición literaria de fondo indoeuropeo y no son simplemente textos que preservan ecos lejanos de una tradición poética oral, pero que pertenecen cada uno de ellos a tradiciones culturales propias. Así, FRA escribe que estas epopeyas, que “remontan al género épico indoeuropeo”, tratan de “la sociedad aristocrática, con su rivalidades familiares, traiciones, alianzas, triunfos heroicos” (104-105), siendo así que estos son temas universales, que nada indican de una génesis común. FRA deja de lado, en cambio, paralelos mucho más evidentes con las tradiciones del Antiguo Oriente, como el que existe entre Odiseo y Simbad, cuyo relato se remonta también, como el *Beowulf*, al siglo IX. Los viajes de Odiseo que se narran en los cantos IX-XII de la *Odisea* presentan innegables similitudes con los viajes del famoso marino de Basora y aunque muchos heleenistas han querido ver en ello una influencia de la obra homérica en el mundo árabe, la realidad es que la tipología del relato de Simbad es más primitiva y cuenta con antecedentes remotos en el Antiguo Oriente<sup>4</sup>. El marino embaucador que es Simbad constituye solo una faceta de la compuesta personalidad del Odiseo homérico, que es primero guerrero en Troya y solo en la *Odisea* se hace “marino” a la fuerza. Además, el detalle de los viajes de Simbad coincide con otros relatos fantásticos que encontramos en el Pseudo-Calístenes o en Luciano de Samosata. Es claro que estamos hablando de una tradición oral que recorre los siglos, común a los pueblos semitas y a los griegos.

FRA, en cambio, parece circunscribir la influencia oriental sobre todo a la época micénica, al segundo milenio. En la primera mitad del capítulo octavo, dedicado a los orígenes de la literatura griega (115-155), habla del “contacto con el mundo semítico, que, por la mera proximidad geográfica, influyó más en la literatura griega que en ninguna de las demás literaturas indoeuropeas” (120) y señala que las “estructuras de poder” de los micénicos “eran un calco de las de los pueblos orientales, los mesopotámicos sobre todo, con sus reyes-sacerdotes, sus palacios-templo y su vasta burocracia” (121)<sup>5</sup>. Pero, tras una serie de consideraciones, concluye que “el mundo micénico... no fue sino un episodio transitorio que dejó poca huella” (129) y que su desaparición supuso la recuperación del “viejo modelo indoeuropeo, del cual nació la Grecia arcaica y clásica” (ibid.). En efecto, una idea central del libro es que “la literatura griega procede fundamental-

<sup>3</sup> No menciona aquí, sin embargo, el *Libro de los reyes* de Firdusi (940-1020) al que, en cambio, alude brevemente en página 437, aunque situándolo entre los siglos IX y X.

<sup>4</sup> Véase al respecto J. SIGNES CODONER, “Homero en tierras del Islam en el siglo IX: una presencia no tan episódica”, en I. RUIZ ARZALLUZ *et alii* (eds.), *Estudios de Filología e Historia en honor del profesor Vitalino Valcárcel*, 2 vols., Vitoria, Universidad del País Vasco, 2014, 2, 1005-1020.

<sup>5</sup> La civilización minoica, de la que tan poco sabemos, apenas merece la atención de FRA más allá de constatar las deudas que contrajo con ella la cultura micénica. Recientes estudios de ADN han demostrado que los minoicos proceden probablemente de Anatolia: cf. J.R. HUGHEY *et alii*, “A European Population in Minoan Bronze Age Crete”, *Nature Communications* 4 (2013), article number 1861 (doi: 10.1038/ncomms2871), lo que les convierte en el eslabón perdido para la transmisión de la literatura oriental a los Balcanes.

mente de la oral indoeuropea” (41). FRA se dedica en páginas 139-148 a desmontar las tesis de Martin L. West y otros sobre la influencia oriental en la literatura griega e insiste en la continuidad de los modelos neolíticos<sup>6</sup>. Nada dice del sustrato prehelénico todavía vivo en el primer milenio, cuando los propios griegos no dejaban de referirse constantemente a los muchos pueblos no griegos que poblaban Grecia y las islas del Egeo: pelasgos, abantes, léleges, tirrenos, tracios, carios... Grecia no era un espacio cultural homogéneo, ni mucho menos, y fue solo en torno a las guerras médicas, a fines del siglo VI a.C., cuando la denominación “helenos” acabó por imponerse a la mayoría de los griegos<sup>7</sup>. En FRA, en cambio, parece que la literatura “griega” es incluso anterior a la orientalización del periodo micénico.

Para FRA, la característica más definitoria de esa literatura del primer milenio es el individualismo, la emergencia del yo en poesía, algo que ha buscado en vano en las literaturas previas. Compara así en páginas 135-136 las referencias a su propia vida de poetas como Hesíodo, Arquíloco o Safo con el anónimo yo poético oriental<sup>8</sup>. Sin negar la diferencia (muy repetida en las historias de la literatura griega), pensamos que esta habría debido ser abordada con más matices, ya que es un asunto central en el libro y guía la opinión de FRA en su análisis de las literaturas no griegas. Un ejemplo muy claro en este sentido lo observamos en páginas 70-71, cuando hace balance de la literatura sumeria. Después de constatar numerosos paralelos con la griega, la considera menos evolucionada por su carácter anónimo y respetuoso de la tradición. Copio algunas frases del autor: “no ha surgido todavía... el poeta rebelde ni el cargado de prestigio y autoridad”; “se trata de literaturas anónimas, sin autores personales que se presenten como individuos con caracteres propios”; la sumeria es “una cultura en torno a los temas del trabajo, la obediencia a la ley, el respeto, la falta de violencia. Restricciones a la individualidad y acoplamiento al orden tradicional es lo que se requiere del ciudadano”. Tenemos aquí el modelo del despotismo oriental desarrollado desde Montesquieu, pero no una indagación auténtica sobre las razones por las que los textos son anónimos. En realidad, aunque FRA no lo menciona, hay muchas referencias a la autoría en el interior de los poemas (no en sus títulos), pero los autores se presentan más bien como escribas, portavoces de la divinidad, o remiten su labor a tiempos y personajes míticos, atribuyendo incluso a dioses o héroes la composición primigenia de los textos que redactan<sup>9</sup>. Ello ha

<sup>6</sup> Aquí, aunque FRA no incluye una sola referencia bibliográfica, podría haber citado los estudios de H. Haarmann, como por ejemplo H. HAARMANN, “Writing from Old Europe to Ancient Crete - A Case of Cultural Continuity”, *Indoeuropean Studies* 17 (1989) 251-277.

<sup>7</sup> J. HALL, *Hellenicity. Between Ethnicity and Culture*, Chicago, University of Chicago Press, 2002.

<sup>8</sup> Estas dos páginas se repiten literalmente en 119-120: aunque este es un doblete excepcional por sus dimensiones, son abundantes las repeticiones exactas de frases en el libro que indican la falta de una revisión final. Para el concepto de autoría, véase también la página 150.

<sup>9</sup> Considérese el caso de Šin-lēqi-unninni (ca. 1300-1000 a.C.) que consignó por escrito la versión más conocida de la épica de Gilgamesh a partir de una tradición oral. Se podría comparar al copista de la *Ilíada*, esta vez anónimo (o no, si damos crédito a los nombres que enumera Tzetzes en sus *Prolegomena de comoedia Aristophanis* como responsables de la copia), que en tiempos de Pisístrato confeccionó la versión canónica de la obra y la atri-

hecho pensar en estos personajes más como escribas o editores que como verdaderos autores, siguiendo un concepto de autoría individual que cuadra mal con las tradiciones orales, a las que precisamente da tanto valor FRA. En un interesante artículo, Benjamin R. Foster se interroga sobre las razones de este carácter anónimo de la literatura mesopotámica y encuentra la explicación en el hecho de que estos autores se consideran parte de una tradición. ¿Significa que sean menos originales? Creo que Foster acierta cuando dice:

The real significance of the absence of an author's name may lie yet deeper in recognition that performer, traditer, or auditor of the text play roles no less important than that of the author himself. As was stressed, the author's inspiration and composition of the text were events circumscribed in time. Nearly all examples urge the importance of dissemination and understanding the product. Without this the text is lost, and the author's achievement nullified. Just as the text is impossible without its initiating inspiration and its mediating author, so too it is impossible without its traditer and appreciative auditor. Authors in Mesopotamian civilization well knew and were wont to recall in their texts that composition was an ongoing, contributive enterprise, in which the author, or 'first one', was present only at the beginning<sup>10</sup>.

Es decir, en la literatura acadia existe un concepto global de la obra literaria, que se considera un producto complejo, en el que la identidad del "primer" autor de la obra vale tanto como la del copista, transmisor o actor de la misma.

Pensamos que quizás la literatura griega del primer milenio debería ser objeto también de una reflexión profunda sobre el concepto de autoría, considerando que muchos poetas de la época arcaica son de más que dudosa historicidad o no pueden ser considerados autores de los textos que la tradición les atribuye: es el caso de Homero, Estesícoro, Orfeo, Pitágoras o incluso Alcmán<sup>11</sup>. En los estudios sumerios, donde no hay esa tradición cultural, sus investigadores suelen ser más críticos (más libres) con las autorías y atribuciones y han acertado en ver en la poesía un proceso complejo donde "composition", "performance" y "transmission" tienen un peso fundamental. La emergencia del yo poético en autores como Hesíodo, Arquíloco, Safo, Solón o incluso Teognis no tiene por qué ser necesariamente un rasgo de individualismo y puede estar relacionada con cuestiones de transmisión o atribución tardías. En el caso de Teognis, como se sabe, aunque su nombre aparece como sello en la obra, eso no ha impedido que en la colección de poemas que circula bajo su nombre aparezcan poemas de Solón o Arquíloco, ya que los temas tratados son comunes. Sapiencial es el contenido de Hesíodo, Solón y Teognis. E incluso en el Arquíloco más burlón o en Safo podemos ver temas tradicionales.

---

buyó a Homero, un personaje que los griegos consideraban por aquel entonces tan histórico como Orfeo, pero que hoy muchos investigadores piensan que es tan mítico como este.

<sup>10</sup> B.R. FOSTER, "On Authorship in Akkadian Literature", *Annali dell'Istituto Orientale di Napoli* 51 (1991) 17-32.

<sup>11</sup> Para la tardía consignación por escrito de su poesía, cf. G. HINGE, *Die Sprache Alkmans. Textgeschichte und Sprachgeschichte*, Wiesbaden, Ludwig Reichert Verlag, 2006.

Pienso por lo tanto que más que en el individualismo que FRA identifica con el yo poético, es en el paso de la oralidad a la escritura donde tenemos que ver el verdadero cambio o innovación de la poesía griega, que recogió por escrito tradiciones orales populares, no épicas (que se habrían perdido de otro modo, tal como quizás ocurrió en Oriente), y que, sobre todo, creó un nuevo concepto de autoría, de obra cerrada, que surge en Grecia primero en poesía con los trágicos y con Píndaro y luego en prosa con los logógrafos (Lisias y más tarde Isócrates), en historiografía con Tucídides y Jenofonte y en filosofía con Platón. FRA, que en páginas 150-153 enumera los nuevos géneros literarios creados por los griegos, los define por sus rasgos, pero no explica por qué se constituyeron en literatura.

LITERATURA GRIEGA ARCAICA, CLÁSICA Y HELENÍSTICA. FRA analiza con detalle las grandes obras de la literatura griega en la segunda mitad del capítulo octavo (155-175), dedicado a Homero y Hesíodo, y en los capítulos IX-XIII (115-305), que abordan los periodos siguientes hasta la conquista romana. Su análisis es descriptivo, con comentarios incidentales. Trata los distintos géneros en compartimentos estancos, pero sin una idea general de por qué hubo un momento en el que empezaron a consignarse, y eso tanto en tragedia como en los géneros en prosa. Así, cuando habla de la oratoria en la Atenas democrática, FRA reflexiona extensamente (253-266) sobre el funcionamiento de la palabra en la polis (un asunto ajeno al tema del libro) y, aunque dedica apenas tres páginas al conflicto entre oralidad y escritura (267-270) y menciona las *tetralogías* de Antifonte, no ve en ellas la razón de la escritura de la oratoria judicial por parte de los primeros logógrafos: la propaganda de su actividad, base para la futura captación de clientes. De ahí, pensamos, se deriva la escritura de discursos por Lisias, y también por parte de Isócrates, inicialmente logógrafo, pero luego autor de discursos para ser leídos en privado. Isócrates abrió un camino, el de la oratoria epidíctica desligada de la representación, que llevó a Platón a componer sus diálogos y a Demóstenes a hacer circular copias de los suyos: ambos eran los rivales de la prestigiosa escuela de Isócrates, uno en el ámbito de la filosofía (Isócrates se consideraba φιλόσοφος) y otro en el de la política (Isócrates era promacedonio). Públicos y audiencias, a los que FRA no presta atención, explican el nacimiento de los géneros literarios en la oratoria<sup>12</sup>. Semejantes reflexiones podrían aplicarse a la tragedia: más que los orígenes en los coros miméticos (comunes a todas las tradiciones culturales) lo que interesa es buscar las causas de su desarrollo y el porqué de la transmisión por escrito de los textos en una época en la que el teatro no se leía por parte del público. Eso es lo que diferencia el teatro griego de otros fenómenos paralelos en otras culturas y eso es lo que nos ha quedado de él: el texto.

Aparte de la falta de una visión estructurada del concepto de literatura entre los griegos de época clásica, otro de los problemas que plantea el análisis de FRA tiene que ver con la sobrevaloración del periodo clásico. No me refiero solo a la desproporción de pági-

<sup>12</sup> La *Retórica* de Aristóteles se cita en páginas 256 y 279, pero sin ningún comentario sobre su contenido o función.

nas que dedica a la literatura arcaica y clásica (155-280) comparada con las escasas dieciocho que consagra a la helenística (281-298), sino al hecho de que la taxonomía de la literatura clásica es el “único” elemento definitorio de las literaturas posteriores. Tradicionalmente la literatura helenística ha sido considerada menos importante, no solo por el supuesto menor mérito de los autores, sino por su carácter subsidiario respecto a los modelos clásicos. Y sin embargo es el periodo en el que se crea el mismo concepto de lo clásico, se definen los límites de lo literario y se exportan por toda la ecúmene, incluida Roma.

FRA valora la literatura helenística por su grado de fidelidad a la clásica, estableciendo en ella cuatro grupos. El primero es el de “géneros desaparecidos” (283-284), donde se habla de la épica y se dice simplemente que “la épica helenística es muy diferente”, sin que se cite siquiera a Apolonio de Rodas (al que sí se menciona en 328). Se dice que la tragedia “estaba ya fuera del tiempo, no interesaba”, pero no se hace referencia a los autores de la Pléyade ni a la abundante producción trágica del periodo, por más que se haya perdido. Tampoco se indica que la cultura helenística es la que universaliza el teatro como espacio cívico definitorio de la identidad griega, haciendo que pase a Roma. El segundo grupo es el de lo que llama “géneros poco evolucionados” (284-285), donde incluye la historia. De Polibio únicamente nos dice que tuvo “inteligentes opiniones sobre la Constitución romana”, una afirmación que no hace justicia al historiador, que realizó un esfuerzo teórico inmenso para incorporar Roma y el Occidente a la historia del mundo griego y revolucionó la historia como instrumento de legitimación de los estados en un mundo global. En “géneros evolucionados” (285-287) menciona a Calímaco y Teócrito y las antologías y hace un apresurado catálogo de autores técnicos y científicos que no cabe calificar de literarios. Finalmente, en “géneros nuevos” (287-297) habla de la emergente novela y la comedia nueva, además de nuevos géneros filosóficos (que son nuevos por las ideas que aportan, pero no necesariamente por la forma en la que se expresan).

El esquema distorsiona la concepción de la literatura en época helenística, concebida en constante diálogo con los modelos clásicos y toda ella fundamentalmente innovadora: FRA no aprecia que lo que él llama “géneros desaparecidos” se han transformado profundamente y no observa evolución en los demás porque quizás esta se produce por caminos que no le interesan.

LITERATURA LATINA. Sigue el largo capítulo decimocuarto, donde el autor desgrana las distintas fases de la literatura latina (307-381). Aquí FRA adopta un esquema cronológico estricto, abordando la literatura latina de generación en generación e incluso creando “microperiodos” como el dedicado al de la literatura de la dinastía flavia, de una sola página (361). La información proporcionada no es novedosa: se limita a presentar al autor y comentar su obra, destacando los precedentes griegos. Emite abundantes juicios de valor sobre la literatura latina, con frecuencia subjetivos, como cuando afirma a propósito de la literatura anterior al año 100 a.C. que “en suma, no era la Literatura, era la acción lo que estaba en el centro de la vida romana” (324-325) —una situación que, creemos, no es privativa de esta época ni de Roma, sino que podría valer para cualquier periodo histórico si lo que se considera es la perspectiva del conjunto de la sociedad—; cuando habla

del “cierre cultural” (341) que supuso el fin de la república; o cuando señala que en época de Augusto “la literatura, sin dejar de ser literatura, se convierte ahora, al menos en parte, en un aliado o ayuda de la política” (354), una afirmación que se hace solo ahora, como para relativizar el hecho literario, pero que, de nuevo, valdría para casi todos los autores clásicos griegos, incluidos los trágicos (que adaptaban el mito para transmitir mensajes políticos: piénsese solo en las *Euménides* de Esquilo o en sus *Persas*, una obra de la que Pericles fue corego). La literatura *escrita* en toda la Antigüedad, no solo en Roma, estuvo en gran medida al servicio de las élites.

Sorprende también el balance que hace el autor de la influencia de la literatura griega en la latina en el capítulo que sigue:

Muy poco de la Literatura griega era conocido por los romanos, como poco de la oriental había sido conocido por los griegos (y pocos de los latinos y griegos sería [sic] conocido, mucho más tarde, por los medievales). Esta precariedad de los modelos de las sucesivas literaturas, a partir de la griega, es una constante (440).

Esta rotunda afirmación no es correcta, ya que los romanos sabían de la literatura griega mucho más que nosotros, como lo prueban la biblioteca epicúrea de Herculano, los modelos helenísticos de los poetas latinos, el trato con los escritos estoicos de Panecio y Posidonio, la historiografía griega perdida manejada por los latinos, las comedias de Menandro o Eurípides, presentes en centenares de papiros, y sin duda imitadas en Roma, o incluso las bases gramaticales griegas de sus propias gramáticas, empezando por Varrón. Pero la afirmación, además, parece perjudicar la tesis central del libro sobre la continuidad de modelos, vista la importancia que se ha dado a Roma en las páginas previas. Quizás se entiende por el deseo de FRA de resaltar los valores de Grecia por encima de los de Roma y preparar su redescubrimiento en el Humanismo.

Hay también numerosas digresiones, sobre todo a propósito de situaciones históricas, en las que se repiten constantemente tópicos sobre opresión y, en seguida, decadencia. Es sin embargo en las comparaciones con el presente cuando las opiniones de FRA resultan más cuestionables. Véase cómo, en el siguiente pasaje, después de enumerar las causas de la decadencia de Roma, las contrasta con la situación actual:

La opresión con la que, a partir de un momento, se unía indefinidamente a los hombres a su tierra o su profesión, la decadencia económica, el empuje de los bárbaros que hostigaban o penetraban en el imperio, los enfrentamientos internos, la existencia dentro del imperio de cultos y religiones varios, así como poblaciones enfrentadas. Algo así como lo que ocurre ahora y desde hace tiempo entre nosotros, con nuestros inmigrantes y las agresiones puras y duras del terrorismo que sufrimos.

No faltan tampoco errores factuales, muchos de ellos erratas de fechas: se data la batalla de Farsalo (más comúnmente Farsalia) en el 248 (333), cuando debería ser el 48 a.C.; se habla del historiador Lucio Licino Macro (334), cuando debería ser Gayo Licinio Macro; Quintiliano no vivió “c. 305” (357), sino c. 35-95 d.C. (la fecha correcta en páginas 336 y



361); la conquista de Constantinopla por los turcos se fecha en 1553 (370) en vez de 1453; el edicto de Caracalla no se promulgó en el 201 (373), sino en el 212; Símaco no es *praefectus urbi* en el 304, como se dice en página 374, sino en el 364; la obra de Orosio no concluye en el 447 (375) sino en el 417 etc. Hay también inconsistencias en las transcripciones, con uso de las formas latinas junto a las castellanas para los nombres propios, a veces mezclando ambas en un mismo nombre como en “Claudio Quadrigario” (334), “Emilio Scauro” (334); “Attico”, el editor de Cicerón (337); “Símmaco” (374); “Marciano Capella” (375); “Ammiano Marcelino” (377), etc.

LITERATURA GRIEGA DE ÉPOCA IMPERIAL Y LITERATURA CRISTIANA. El capítulo decimoquinto aborda la literatura griega de época imperial en páginas 383-403. Lo lógico, al hablar de un “río de la literatura”, habría sido intentar una síntesis, ya que es reconocido que la literatura en época imperial es formalmente una, aunque expresada en dos lenguas, de ahí que emperadores romanos escriban en griego (lo señala entre exclamaciones FRA en página 362 a propósito de Marco Aurelio) y, más tardíamente, griegos como Amiano Marcelino y Claudiano lo hagan en latín. Pero FRA divide su río en tres corrientes paralelas, que parecen estancas. En su presentación de la literatura griega de época imperial circunscribe el cultivo del griego a Europa oriental, siendo así que algunos de los grandes escritores griegos del momento triunfaron en Roma, escribieron historias de Roma o desempeñaron magistraturas romanas (de hecho, la única monografía sobre magistraturas romanas del mundo antiguo está escrita en griego por Juan Lido en el siglo VI). No se aborda el problema de la integración cultural de ambos mundos, defendida con fuerza por la moderna historiografía y causa de la romanización de los griegos<sup>13</sup>, y se sigue en cambio un esquema tradicional, de nuevo por géneros, desgranando un apretado catálogo de obras y autores en el que solo los inevitables Luciano y Plutarco merecen un poco de relieve.

En cambio, en el capítulo decimosexto (405-423) aborda FRA la literatura cristiana grecolatina en un solo bloque, cuando ahora la situación hubiera requerido una diferenciación, ya que —como es sabido— la literatura cristiana más primitiva, la de los evangelios, era solo en griego. Y en griego se expresó la iglesia cristiana primitiva hasta que en el siglo III empezaron las primeras traducciones al latín de las Escrituras, que culminaron con la *Vulgata* de Jerónimo. Por otra parte, nada tiene que ver el griego vulgar de los evangelios (FRA no menciona este hecho y solo habla de las deudas léxicas respecto al hebreo) con el griego culto de los padres de la Iglesia a partir del siglo IV, una tensión que no se encuentra en el latín cristiano más antiguo. No hay una literatura cristiana grecolatina desde el principio, ni esta se convirtió en un modelo alternativo a la literatura clásica, como sugiere FRA cuando dice que “ambas luchaban por la supremacía” (410)<sup>14</sup>. La presentación del capítulo, que ignora todos estos datos, presenta una imagen

<sup>13</sup> P. VEYNE, *El imperio grecorromano*, trad. esp., Madrid, Akal, 2009 (= París, Seuil, 2005).

<sup>14</sup> FRA afirma en 406 que “hemos preferido exponer juntas las literaturas cristianas griega y latina de cada época porque tienen evidentemente coherencias internas, son, en realidad, parte de una sola literatura”.

de continuidad entre los textos cristianos por encima de lenguas y periodos que es falsa desde el punto de vista de la literatura y que solo tiene justificación desde el punto de vista religioso. Es una árida sucesión de nombres y obras (de nuevo con errores) que no considera siquiera el nombre de Juliano el Apóstata y su decreto excluyendo a los cristianos de la educación, verdadero catalizador para la creación de una literatura cristiana aticista basada en los presupuestos de la literatura griega clásica.

Tampoco se aprovecha la ocasión para presentarnos la rica literatura judía en griego (Filón de Alejandría, Flavio Josefo): únicamente se habló de los *Septuaginta* en un breve apartado de poco más de una página (297-298) dentro de la literatura helenística, donde FRA aborda “la literatura griega traducida de otras lenguas” y cita, entre otros, a Manetón y Beroso, a Fabio Píctor y a Cincio Alimento, el papiro de la *Vida de Manes* con los decretos griegos de Asoka. Son estas realidades muy heterogéneas que habrían merecido muchas otras páginas y que hablan todas de la apropiación (que no simple “traducción”) de lo griego por otras muchas culturas a las que FRA no presta ninguna atención y que, a su vez, repercuten en la griega. No non referimos solo a los *Oráculos caldeos* o al *Hermes trismegisto*, que recogen y difunden en griego creencias babilonias o egipcias, sino a obras tan importantes como el tratado *Sobre Isis y Osiris* de Plutarco, que FRA simplemente cita (402) sin valorar. Es verdad que en página 407 menciona las literaturas “judía, aramea, copta, armenia, siríaca, etiópica” como derivadas de la griega y dice que renuncia a tratarlas “por razones de tiempo y espacio”. Pero sí habría podido al menos indicar que fue la irradiación de lo griego en época imperial (más que en época helenística), gracias a la *pax romana* que libró a los griegos de las luchas fratricidas que les habían ocupado durante siglos, lo que convirtió por primera vez a la cultura griega en universal, garantizando su supervivencia no solo entre los griegos de Oriente (Bizancio), sino entre otros muchos pueblos, en especial los sirios y los árabes, que preservaron buena parte de ese legado durante la Edad Media. No se trata tan solo de que el Islam sea un civilización basada en los presupuestos culturales del mundo tardorromano oriental (desde la arquitectura de sus ciudades hasta la filosofía de sus ulemas), sino de que el entusiasmo de los árabes por lo helénico en los siglos IX-X (recordemos al famoso califa al-Mamún, al que se le aparecía Aristóteles en sueños) apenas tenía parangón en el mundo cristiano y sirvió incluso de acicate y estímulo para la recuperación de los clásicos en Bizancio<sup>15</sup>. En el libro falta por lo tanto un capítulo dedicado al filohelenismo abasí, para el que FRA habría podido servirse del ya imprescindible libro de Dimitri Gutas<sup>16</sup>. Y sobra el capítulo decimoséptimo (426-437) dedicado a la literatura indoiraniana, que tiene una importancia residual dentro del río de la literatura griega, por muy crucial que pueda ser desde el punto de vista de la reconstrucción de la perdida “literatura indoeuropea”.

<sup>15</sup> Véase al respecto P. SPECK, “Ideologische Ansprüche-historische Realität. Zum Problem der Selbstverständnisse der Byzantiner”, en A. HOHLWEG (ed.), *Byzanz und seine Nachbarn*, Múnich, Südosteuropa-Gesellschaft, 1996, 20-45; J. SIGNES CODONER, “Helenos y Romanos: la identidad bizantina y el Islam en el siglo IX”, *Byzantion* 72 (2002) 404-448.

<sup>16</sup> D. GUTAS, *Greek Thought, Arabic Culture. The Graeco-Arabic Movement in Baghdad and Early 'Abbasid Society (2nd-4th / 8th-10th Centuries)*, Londres-Nueva York, Routledge, 1998.

LA EDAD MEDIA Y EL HUMANISMO. En el capítulo decimoctavo aborda FRA la literatura de Occidente desde el siglo VIII al siglo XVI (439-512), aspecto este central en su tesis de continuidad de las tradiciones literarias hasta época moderna. El fin de la cultura latina se presenta con tintes literarios, con la tradicional apelación a los bárbaros. En páginas 440-441 caracteriza FRA al bárbaro como “un gritador desmelenado, como habían sido los aqueos en los primeros tiempos griegos”, y precisa que los bárbaros “incendiaban y tomaban ciudades, mataban a sus guerreros, se llevaban a sus hijas”. Y añade incluso en página 441: “tanto bárbaro invasor o establecido como aliado, tanto extranjero, tanto inmigrante, tantos soberbios y tramposos dentro”. Por el tono parece que estamos oyendo a Juvenal tronar contra la invasión de Roma por los griegos y que el autóctono es el íntegro y probo ciudadano, no el extranjero... En realidad, los bárbaros, al menos los germanos, salvaron a Roma de la caída: luchando en sus legiones, defendieron al imperio en los Campos Cataláunicos en el 451 frente a la amenaza hunica.

¿Qué queda tras la catástrofe y la cristianización del imperio? Según FRA, “el recuerdo de los antiguos”, que trajo “el descubrimiento, poco a poco, de la antigua, las antiguas literaturas de la Antigüedad” (442). FRA dibuja una alta Edad Media analfabeta, centrada básicamente en la literatura oral, aunque reconoce que “el desconocimiento de la escritura no era total” (443), pues había clérigos y bibliotecas. Esta caracterización la aplica sin distinción a toda la alta Edad Media, que para él empieza en el siglo V, sin considerar las diferencias entre Oriente y Occidente, ni distinguir en este último la situación de regiones como la Francia franca anterior a Carlomagno, la Italia ostrogoda del VI o la Hispania visigoda del VII. En su panorámica medieval están, como decíamos, ausentes los árabes, tanto en España como en Damasco o en Bagdad. Ni siquiera se mencionan las cruzadas.

¿Cómo explicar la presencia del griego en el mundo occidental latino? FRA se sirve de dos procedimientos: uno, las traducciones; otro, los comunes lazos indoeuropeos. En cuanto a las traducciones, podemos señalar varias citas suyas. Así, afirma que la literatura medieval es en parte en latín, “a veces traducida del griego, así en el caso de la *Vita Apolonii* y en otros muchos más” (446); en el párrafo siguiente vuelve a citar la *Vita Apolonii* y el *Dares frigio* y *Dictis cretense* (446); en página 442 dice que en Occidente hay “literaturas latinas o traducidas al Latín, sobre todo del Griego”; en página 451 califica la literatura clásica latina descubierta en la Edad Media como “a veces consistente en traducciones del griego”; en 452 dice que géneros épicos, líricos, textos sapienciales, hagiográficos y científicos “siguieron a partir de un momento los moldes latinos, con frecuencia a partir de traducciones latinas del griego”.

El problema es que esas numerosas traducciones directas de textos clásicos griegos al latín durante la Edad Media, si es que hablamos de literatura, sencillamente no existen. Los ejemplos que da FRA son traducciones de textos de la Antigüedad Tardía, entre los siglos IV-VI, pero no sería fácil citar casos posteriores. Las únicas traducciones existentes (y no muy numerosas) del griego al latín se limitan a textos de contenido religioso o teológico (desde las propias actas de concilios a textos hagiográficos, o las obras del Pseudo-Dioniso Areopagita) y, sobre todo, científicos, médicos y filosóficos. Destacan las

traducciones de Aristóteles, como las de Boecio (480-524), Eugenio de Palermo (1130-1202) o Guillermo de Moerbecke (1215-1286), a las que siguen en importancia las de autores médicos (por ejemplo Niccolò da Reggio, ya en el siglo XIV)<sup>17</sup>. Solo a partir de principios del siglo XV empieza una labor sistemática de traducción de los clásicos literarios griegos al latín; labor que luego, con la ayuda de la imprenta, reintroducirá el legado literario clásico griego en la Europa latina y dará al humanismo y al Renacimiento su característico barniz helénico, diferenciándolo del anterior periodo medieval. Esta ausencia de traducciones de textos literarios griegos clásicos al latín hizo que la literatura occidental medieval se desarrollara exclusivamente a partir de la latina con el aporte esencial de la tradición árabe.

FRA despacha en un párrafo (448) las innumerables aportaciones de la literatura filosófica, científica, sapiencial y folclórica árabe al mundo cristiano latino diciendo que “casi siempre son de origen griego, también persa, también indio”, como si los árabes semitas se hubieran limitado a actuar de correa de transmisión de ideas ajenas, sin aportar nada propio. Y aunque es verdad que estas aportaciones tienen lugar en el terreno filosófico y científico (lejano del ámbito literario que le concierne), quizás habría sido revelador mencionar los comentarios de Farabi y Averroes a la *Poética* de Aristóteles, completamente desconocida en Occidente antes del siglo XIII<sup>18</sup> y prácticamente ignorada en el mundo bizantino.

Junto a esta estrategia de buscar el influjo griego en la literatura latina a través de traducciones, FRA sigue otra más indirecta, la de trazar un ancestro común indoeuropeo a las literaturas medievales que explique sus rasgos comunes. Por eso se centra más en la épica y la lírica, fundamentalmente orales (452-475), “la sabiduría popular” (475-479) y lo que él llama “la fiesta mimética” (479-488), géneros en los que el espacio dedicado a la literatura en latín es casi irrelevante (no cita, por ejemplo, ningún autor latino entre Sedulio Escoto y Petrarca en página 471). En este mismo sentido, su panorama de la épica medieval (451-459), fundamentalmente germánica, consiste en explicar sus rasgos y paralelos con la griega a partir de las raíces comunes indoeuropeas. Concluye su visión diciendo que “es notable que pueblos que solo muy tarde entraron en la Historia, ofrezcan huellas de antiguas epopeyas semejantes a las mucho más antiguas que hemos venido mencionando” (459). Igualmente subraya la importancia del tema de Alejandro en la novela (463) frente a un ciclo artúrico que trata de pasada apenas sin citar las innumerables obras de esa temática (461-462). En el cuento busca paralelos con los indios (*Panchatantra*), pero reduce la influencia árabe a una mera alusión, sin referirse al *Calila y Dimna* (465-466). Cuando menciona esta obra un poco más adelante, al hablar de la fábula, dirá que es el “nombre” que toma en castellano el *Panchatantra* (476), sin aludir a su condición de obra árabe. En la lírica, aunque reconoce la existencia de una lírica árabe, se limi-

<sup>17</sup> Para todas estas cuestiones véase W. BERSCHIN, *Griechisch-lateinisches Mittelalter: von Hieronymus zu Nikolaus von Kues*, Berna-Múnich, Francke, 1980.

<sup>18</sup> Herman el Alemán tradujo la *Poética* de Aristóteles al latín desde el árabe en la Toledo de mediados del siglo XIII. Por esa misma época Guillermo de Moerbecke, que llegó a ser obispo de Corinto, tradujo la obra al latín desde un original griego perdido.

ta a la de las lenguas indoeuropeas (468) y señala paralelos con la griega (469) antes de reconocer también influencias latinas y cristianas (470-472). Después de un repaso a la lírica ya humanista del XV (472-475), se aborda la literatura sapiencial, centrándose en la fábula, pero ignorando buena parte de la literatura sapiencial de orígenes árabes. No cita así, por ejemplo, el importantísimo *Libro de los buenos proverbios* castellano del siglo XIII<sup>19</sup>, que recoge sentencias de filósofos griegos tomadas del *Ādāb al-falāsifa* atribuido Ḥunayn Ibn Ishaq. Cuando más adelante (492-493) vuelva a la literatura sapiencial, mencionará los *Dichos de los Siete Sabios de Grecia*, calificándolo de “texto morisco aljamiado de tradición grecolatina en todo caso”, sin decir que fue una compilación de Hernán López de Yanguas publicada en Medina en 1546.

Al llegar al teatro, FRA reconoce los orígenes cristianos y populares del teatro medieval y ofrece una amalgama de nombres y obras sin referencia alguna (479-488) en la que, por ejemplo, mezcla en un párrafo, dentro del teatro popular, las fiestas de moros y cristianos con la “commedia dell’arte” (484). Enfatiza que la separación de tragedia y comedia a fines de la Edad Media fue determinante en el teatro moderno y se produjo por influjo del clásico: “los esquemas de la Antigüedad se imponen... Es el modelo griego el que ha triunfado” (485). Pero luego precisa que es sobre todo a través de Séneca y Plauto como los humanistas reinventan los dos géneros del teatro, aunque no dice nada del contemporáneo teatro en latín (a veces para lectura y no para representación), que mantiene más fielmente la antigua diferenciación de géneros<sup>20</sup>. Las referencias en las que se centra son españolas: Juan del Enzina, Gil Vicente, Torres Naharro, Lucas Fernández y Lope de Vega<sup>21</sup>. A propósito de modelos griegos, aduce un endeble paralelo entre un pasaje de la *Celestina* y otro del *Hipólito* de Eurípides a propósito de una tópica definición del “dulce amor”, como prueba de que el autor de la primera ha leído al segundo (487).

Más fácil lo tiene FRA en las páginas finales de este capítulo, en las que enumera las influencias clásicas en la literatura del siglo XVI (493-508), cuando el humanismo imita directamente los modelos antiguos. Pero aquí las equivocaciones se acumulan. Puesto que ahora sí hace referencia al teatro en latín, que ni siquiera consideró para el XV, mencionaremos algunos de estos errores. En página 501, dentro de la sección dedicada a los “comienzos del siglo” XVI, se cita la tragedia latina *Eccerinis* (sic, por *Ecerinis*) de (Albertino) Mussato, datándola en el 1513, cuando en realidad fue escrita en 1315, dos siglos antes. “Poco después” de Mussato escribe Ariosto (1474-1533), según FRA, su *Cassata* (sic, por *Cassaria*) y otras dos comedias latinas. Finalmente “Poliziano escribía su *Orfeo*, de tipo trágico”. Aunque Poliziano (1454-1494) es un autor del siglo XV y su égloga *Orfeo* se data ca. 1480, FRA remata: “todo esto ya del XVI”. Un párrafo más adelante, sin embargo, es-

<sup>19</sup> Ch. BANDAK, *Libro de los buenos proverbios: Estudio y edición crítica de las versiones castellana y árabe*, Zaragoza, Instituto de Estudios Islámicos y del oriente Próximo, 2007.

<sup>20</sup> Una representativa edición de cinco comedias latinas del XV es la de G.R. GRUND, *Humanist Comedies*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2005; Pier Paolo Vergerio, *Paulus* (ca. 1390), León Batista Alberti, *Philodoxeos fabula* (1424); Ugolino Pisani, *Philogenia et Epiphebus* (ca. 1440); Eneas Silvio Piccolomini, *Chrysis* (1444); Tommaso Medio, *Epirota* (1483).

<sup>21</sup> Repite incluso las referencias a los dos primeros en páginas 485 y 486.

cribe, después de citar a Paladio (1508-1580): “Y es la época, también, de los primeros ensayos operísticos, en torno al *Orfeo* de Poliziano, la *Aminta* de Tasso, el *Pastor fido* de Guarini y, luego, ya en el siglo XVI, de la *Dafne* y la *Eurídice* de Pieri”. Teniendo en cuenta que la *Aminta* es de 1573 y el *Pastor fido* es de 1590, no es pertinente ni situarlas junto al *Orfeo* de Poliziano, que es un siglo anterior, ni decir que se compusieron antes de siglo XVI. La *Dafne* de Peri (no Pieri, como escribe FRA) es de 1597 y su *Eurídice* de 1600 debería ser ya del XVII... Tras esto sigue FRA con la sección “de fechas más tardías” en el siglo XVI en la que, ya en página 502, vuelve a mencionar a Ariosto, al que le atribuye ahora la *Casaria* (*sic*) y otras tres obras (dos de ellas citadas antes) que son, evidentemente (pues Ariosto murió en 1533) de principios y no de finales del siglo XVI. Junto a él cita a Pietro Aretino (1492-1556) y varias obras suyas, también de la primera mitad del XVI y, por tanto, incluidas en la sección equivocada<sup>22</sup>.

Estas confusiones son abundantes en todo el largo capítulo medieval, como lo son también en el capítulo decimonoveno dedicado al mundo bizantino (513-524) que ya comentamos en otra parte<sup>23</sup>, y en las apenas cinco páginas del capítulo vigésimo que consagra al mundo eslavo (525-529)<sup>24</sup>. La impresión que se deriva de esto y de la redacción en breves párrafos y frases, con frecuencia sin verbo, es la de apuntes o notas sin elaborar.

CONCLUSIONES Y APÉNDICES. Llega así al capítulo vigésimo primero, que llama, en singular, “Conclusión” (531-580). De nuevo, ya en el primer párrafo, observamos en la detallada lista de culturas que enumera la falta del Islam. Y de nuevo se ve la insistencia en los

<sup>22</sup> Nada se nos dice en esta sección del teatro latino jesuita, quizás de menor mérito, pero no menos esencial en la formación de muchos autores literarios. Entre nosotros Pedro Pablo Acevedo, autor de un *corpus* de piezas en latín, fue profesor de Cervantes.

<sup>23</sup> J. SIGNES CODOÑER, “Rodríguez Adrados y Bizancio: una relación tormentosa”, *Boletín de la Sociedad Española de Bizantinística* 16.1 (2013) 1-13. Añado solo una observación relevante a lo que escribí entonces: en la página 449 se dice que en la Edad Media “la misma lengua «pura» (*kazarízousa*) seguía teniendo a su lado la antigua prosa griega literaria, fluctuante entre la *koiné* y el ático”. Por si la idea no quedara clara más abajo, FRA repite: “Y, en griego, [había] textos ya en *koiné* popular (*dimotiki*) ya en lengua pura (*kazarízousa*), aparte quedaba el griego antiguo”. Son varios los errores que implican estas afirmaciones. En primer lugar, en época medieval no existe el término *katharevousa* (καθαρεύουσα) —la confusa transcripción *kazarízousa* que utiliza FRA es inusitada—, el cual solo se acuñó a principios del XIX para diferenciar el griego “puro” o culto frente al demótico. Pero, además, si pese a ello se aplica el término *katharevousa* retrospectivamente para el periodo bizantino, ¿cómo diferenciarlo entonces del griego que FRA denomina sucesivamente “ático” y “antiguo”? Dicho de otro modo: el griego culto de época bizantina, al que FRA llama “puro”, era el griego de la gramática clásica ática, el griego antiguo. Y frente a él únicamente había niveles más evolucionados de lengua, la llamada *koiné* bizantina, heredera de la helenística, y el griego hablado, profundamente dialectalizado por aquel entonces. FRA presupone dos tipos de lengua culta en el periodo bizantino, una afirmación que no tiene base alguna y que solo puede formular alguien que no ha leído los textos bizantinos en su lengua original.

<sup>24</sup> Se dice que los búlgaros (a los que identifica como eslavos en página 526) se unieron a los turcos (que llama paleobúlgaros) y se establecieron en el Danubio en el siglo VII, cuando en realidad los primitivos búlgaros (paleo- o protobúlgaros) no eran eslavos, sino pueblos altaicos que acabaron eslavizándose al establecerse en Tracia. Añade FRA que se convirtieron al cristianismo en el año 564 (página 525) o el 856 (página 527) en vez del 864. FRA dedica dos párrafos a trazar el origen indoeuropeo de la lengua eslava, pero no menciona siquiera la invención del cirílico, solo la del glagolítico.

mismos temas de tradiciones orales y populares (la palabra “Fiesta” escrita con mayúscula es una de las más recurrentes en el libro), unidos a divagaciones difíciles de entender. Léase lo que escribe en página 532:

Porque las sociedades cerradas y abiertas, el eros y el antieros, la apertura y el cierre político-social, la religión y su carencia, el desnudo y la ocultación de los cuerpos, son solidarios con los valores literarios, e igual la religión y su carencia son solidarios con los distintos tipos de Literatura y no Literatura.

Además de repetir de nuevo las ideas centrales de continuidad de la tradición literaria, FRA aborda en estas páginas finales de manera somera las figuras de Cervantes y Shakespeare, ambos muertos en 1616. En el caso de Shakespeare FRA se centra en los temas clásicos de sus obras, sin aportar nada nuevo (salvo varias comparaciones forzadas de Shakespeare con la *Celestina*). En el caso de Cervantes, intenta una explicación global del *Quijote*, mucho más ambiciosa, en la que la *Vida de Esopo* se constituye como un precedente central, directo o indirecto, de la concepción cervantina. Sin negar ese posible influjo, pensamos que no es de la entidad suficiente para contrarrestar la influencia de la tradición novelesca, tanto amorosa como de caballerías, en la que se basaba la parodia cervantina. Como dice el propio FRA, “no es simple el *Quijote*, ciertamente” (580).

Termina el libro con dos apéndices: “Apéndice I. Cultura humanística y cultura televisiva” (581-595) y “Apéndice II. Literatura y crisis de las humanidades” (597-613), que están desconectados del tema del libro en la medida en que nos acercan al presente de la recepción de la literatura. Se echan en falta unos mínimos índices onomástico o de obras que podrían haber ayudado al lector a guiarse por el libro, en el que, pese a la aparente sucesión cronológica, encontramos con mucha frecuencia que se trata a determinados autores fuera de la sección a la que pertenecen o en más de una ocasión (a veces con juicios repetidos).

**BALANCE.** La de FRA es una visión parcial del problema de la transmisión de la literatura griega que tiende a resaltar los rasgos “indoeuropeos” y a minusvalorar la influencia de las culturas semíticas y orientales tanto en el proceso formativo de la literatura griega (Mesopotamia), en su cristianización (la influencia judeo-cristiana) o en su recepción medieval (el mundo sirio y araboislámico). El sustrato —es decir, la presencia de pueblos no griegos en Grecia hasta bien avanzada la época clásica— es ignorado como agente esencial en la transmisión cultural. En este sentido, FRA es digno heredero de los presupuestos de la filología alemana del XIX. FRA acumula datos y referencias (con frecuencia de segunda mano, lo que propicia la existencia de abundantes errores) en favor de su tesis recurrente de una *litteratura perennis* griega de base indoeuropea que, por encima de crisis y cambios culturales, permanece latente e informa buena parte de la producción literaria europea. No hay novedad en esto: es lo que desde Gilbert Highet se llama “tradicción clásica”. Adrados adoba su comentario a los textos con reflexiones históricas, pero

estas no nacen, al igual que en libros suyos anteriores<sup>25</sup>, de un intento de analizar los hechos del pasado en su contexto, sino de interpretarlos a la luz del presente.

Quizás esté aquí precisamente el problema de este libro. Más allá de referencias a hechos históricos y a la oralidad de buena parte de la cultura literaria popular, FRA no presta atención a los procesos de difusión y recepción de la literatura; procesos que, como decíamos, eran ya esenciales en la propia conformación del concepto de autoría para los antiguos sumerios. Así, no se fija en los modos de lectura cambiantes del rollo al códice, o en la transmisión manuscrita de los textos griegos durante el periodo medieval, con el paso de mayúscula a minúscula, del pergamino al papel. Menciona la imprenta, de pasada, pero no habla de la labor de difusión de los clásicos por Aldo Manuzio, ni tampoco del proceso de recuperación del helenismo en Occidente por obra de humanistas como Crisoloras, Trapezuntio, Argirópulo, Besarión, Pletón, Calcóndilas, Láscharis y tantos otros. En su libro no hay una sola palabra sobre la paraliteratura o literatura exegética (tratados, comentarios, escolios, léxicos, gramáticas, enciclopedias, *progymnasmata*, esquedografía etc., etc.), que determina la interpretación y preservación de los textos literarios a lo largo de milenios: a ella debemos nuestra visión de los clásicos; es ella incluso la que nos ha transmitido sus biografías y los ha dotado de un perfil personal. FRA tampoco incluye en su estudio las poéticas o retóricas que teorizan en cada época sobre el concepto de literatura. No presta atención a los cambios educativos, salvo una rápida alusión a las bibliotecas monásticas medievales. Y no se fija en las bibliotecas de los humanistas del XV o XVI, reconstruidas en modernas monografías, que explican a veces mucho mejor sus lecturas que hipotéticos paralelos formales.

FRA simplemente acumula datos de obras y autores que comenta luego con reflexiones más propias de un moderno lector subjetivo (que busca paralelos con el presente o juzga el mérito de un texto) que de un historiador de la literatura. Su propósito es defender, no ya la importancia, sino la centralidad de lo griego en la cultura europea. Pero el camino pasa por la negación de los afluentes (creo que no utiliza nunca esta palabra en su libro) de ese gran río, que él parece considerar más bien un “canal” (41) por el que las ideas y formas del pasado han sido traídas al presente como si de valiosas mercancías se tratase. No hay un intento de entender la helenidad como algo que se va formando en contacto con los otros (o redefinido según los periodos), sino que para FRA lo griego se asemeja a una categoría preestablecida, que supera fases de orientalización (Micenas) o de decadencia (Bizancio), para llegar, sana y salva, a la Modernidad que la recupera.

Juan SIGNES CODOÑER  
Universidad de Valladolid

---

<sup>25</sup> Véase fundamentalmente F. RODRÍGUEZ ADRADOS, *El reloj de la historia: Homo sapiens, Grecia Antigua y mundo moderno*, Barcelona, Ariel, 2006.